

Noche de ópera

Alejandro Barragán

—SEÑOR, SEÑOR...USTED, EL DEL SACO GRIS, por favor, salga de la fila.

Me encontraba en el *hall* del Teatro Degollado, formado para entrar a disfrutar de la ópera *Rigoletto*, de Giuseppe Verdi. Al escuchar la voz que inquiría por la salida de alguien de la fila voltee hacia atrás seguro de que no se trataba de mí.

—Sí, usted, señor —dijo el hombre encargado de perforar los boletos de quienes ingresaban al recinto, haciendo una seña para que me acercara a él.

Abandoné la fila incómodo por las miradas que se cernían sobre mi espalda. Con cierto enfado me puse frente al boleterero y, sin mediar palabra, con las manos le pedí una explicación.

Al tiempo que revisaba boletos y permitía el acceso a la sala a otras personas, me indicó que yo no podía pasar.

—Usted ya no puede pasar —dijo con tono de sentencia.

—¿Que está usted diciendo? —repliqué impulsivo.

—Lo que escuchó. Usted ya no puede pasar, porque usted ya pasó y a este teatro las personas entran sólo una vez y no dos; y como ya le dije, usted ya pasó, ya está adentro —me explicó de manera solemne.

No pude sino reír. Este sujeto definitivamente estaba loco. Nunca antes había ido a la ópera, me gané la entrada escuchando la radio y, como no tenía nada que hacer, pasé por el boleto a la radiodifusora para posteriormente dirigirme al teatro. Pensé que había caído en alguna trampa y estaba siendo objeto de alguna cámara escondida que después replicarían en las redes sociales.

El sujeto hizo un cortés ademán con el que me pidió tomar asiento, tenía la intención de darme más explicaciones. Mi molestia era evidente por el sudor que empezaba a formarse en pequeñas gotitas en mi frente.

—A ver, amigo —dije en tono poco amable—, si esto no es una broma, explíqueme esa tontería de que yo ya estoy adentro del teatro, eso no puede ser, ni siquiera tengo un hermano gemelo, aquí está mi boleto intacto, aún no está perforado.

—Sé que su boleto aún no está perforado, pero eso no es suficiente para dejarlo entrar, porque como ya le dije, usted ya ingresó. Si hubiera puesto sus ojos en el frente de la fila y no en las caderas de la mujer de falda negra, se habría dado cuenta que delante suyo, a tan sólo tres personas más, estaba usted ingresando a la sala.

—Pero esto es absurdo, una persona no puede estar dos veces en el mismo lugar.

—Aquí sí señor.

—¿Cómo que aquí sí? ¿Qué... estamos en la dimensión desconocida? —contesté en forma de burla.

—No, señor, no es la dimensión desconocida —respondió con seriedad.

Determiné que al hombre le faltaba un tornillo y pedí hablar con el encargado del teatro. Un minuto después apareció un hombre vestido con un *smoking* y fascinantes modales. No niego que me impresionó el garbo y la elegancia del sujeto.

—Caballero, buenas noches. ¿En qué lo puedo servir?

—Pues muy sencillo, aquí su empleado dice que no puedo pasar, que porque yo ya pasé, y la verdad no estoy para bromas.

—El maestro Vidaurri no es mi empleado —contestó con una sonrisa—. Acompañeme, por favor —prosiguió el refinado sujeto, quien me entregó el programa del evento y con un gentil gesto me pidió caminar delante suyo.

—¿Cuál es su número de butaca?

Acudí en socorro de mis gafas que recuerdo bien haber puesto en el bolso interno del saco, sin éxito alguno. Esculqué en todos los bolsillos de mi ropa con el mismo resultado. Tomé el boleto y en la penumbra del pasillo que nos llevaba a la sala, con dificultad distinguí el número de mi asiento: J-11, el cual mostré a mi elegante escolta.

—Por aquí, señor...

—Barragán, Alejandro Barragán.

—Gracias, señor Barragán.

Con los asientos dándonos la espalda, nos acercamos a la fila de mi lugar. Cuando estuvimos a la altura de la hilera marcada con la letra J, me vi sentado en el número 11, traía puestos mis lentes y leía el programa, di un paso más hacia adelante y me enfoqué en el rostro, parecía más viejo de lo que me veía en el espejo, pero definitivamente era yo, gesticulando como sé que lo hago. Me sentí ajeno al lugar, los sonidos eran una atmósfera que no podía distinguir correctamente. Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo. No sabía qué hacer.

—Venga conmigo, señor Barragán, no se preocupe, estas cosas suceden —me dijo en voz baja el distinguido hombre, otorgándome una sonrisa compasiva que me sacó de mi pasmo.

Me llevó por un lado del teatro, donde había una pequeña cafetería. Ahí se encontraban dos mujeres y un hombre. De inmediato reconocí a la fémina de falda negra con la que mi mente se había fugado en la entrada del teatro.

—Miré señor Barragán, ellos, al igual que usted, se encontraron consigo mismos en este lugar. Eso aquí suele suceder y podemos decir que estamos acostumbrados. Le recomiendo que tome asiento y platique con alguno de ellos, quizá pueda entender mejor lo que sucede.

Antes de salir del pequeño salón ocupado por los dobles, se dirigió a todos:

—Si alguno quiere seguir observándose, aquí al lado hay un palco exclusivo para eso, solo les pido no reunirse con su otro durante el evento, es para no molestar a los demás asistentes —dijo y abandonó el lugar.

Me dirigí al palco y me pude observar desde lo alto. No había duda, era yo. Me preocupé al ver que las entradas de mi cabello eran más visibles desde arriba.

No quise esperar a que terminara la ópera, salí del teatro y dejé que el otro yo lo disfrutara, seguro de que él era el falso y yo el verdadero. 